

misma sería la expresión de esta impotencia dialéctica, disfrazada de utópicos maximalismos.

Todo escritor, incluso el crítico, hace una afirmación de sí mismo, un intento de comunicación, cada vez que escribe. Ahora bien, la afirmación que el crítico hace de sí mismo ha de ser indirecta, por cuanto el objeto de su trabajo es el análisis de una realidad artística o social. El sentimiento crítico está íntimamente ligado a la capacidad de situar la materia analizada dentro de un contexto real, del que el mismo crítico forma parte. Si este crítico decide «excluirse» de ese contexto y establecer unas coordenadas inexistentes, ideales, su juicio será, inevitablemente, arbitrario, sobre todo, según sucede en estos casos, si el fenómeno o la persona analizadas han tenido que afrontar el contexto y el pseudocrítico formula sus pronunciamientos desde un plano totalmente marginal. La medida o coacción sociohistórica es la misma para todos y parece contradictorio juzgar la acción desde unos supuestos ideales que justifiquen la no acción, o, lo que es peor, la dicotomía entre una actividad servil y las esporádicas y violentas críticas contra los que intentan realizar un discurso coherente dentro de un medio hostil. Probablemente deba

pensarse que esta pseudocrítica, esta oposición a la oposición rebasa totalmente el hecho crítico para manifestarse como una expresión del sentimiento trágico ante la realidad. Puede, ciertamente, producir en muchos casos una literatura estética y políticamente importante, pero bueno será que aprendamos a no tomarla, por más que cite nombres y manipule datos reales, por verdadera crítica.

Genet decía que la servidumbre engendra la violencia y el resentimiento. Quizá ande por ahí el problema, y nuestra sociedad, privada históricamente del ejercicio de la crítica, oscile entre la servidumbre y la violencia. La confusión estaría en que una serie de actos de rebelión falsearían sus términos e intentarían tomar una figura crítica. El error parece claro, porque sí, desde una perspectiva política, la revolución de las criadas es totalmente lógica, el crítico es siempre Genet y nunca Claire o Solange. El primero muestra la tragedia, mientras las segundas intentan envenenar a la señora, lo cual no quiere decir que Genet sea un hombre ajeno al conflicto, sino un escritor obligado a asumirlo y objetivarlo. Sobre una escena, frente a un decorado, procurando respetar las leyes del teatro. ■ J. M.

CLUBS MUY PRIVADOS

«Si todos los funcionarios que pertenecen a clubs "restricted" (segregacionistas) tuvieran que dimitir, en Washington se daría el mayor porcentaje de parados del país», declaraba con toda franqueza el Presidente Nixon.

Efectivamente, el «Washington Post» acaba de revelar que un solo club privado, de los diecisiete del condado de la capital americana, no establecía discriminación. Algunos admiten a judíos, pero, según parece, a regañadientes. En el Kenwood Country Club, donde puede encontrarse a William Roger y Melvin Laird, es oficial la prohibición de inscripción para los negros. Se cuenta incluso que un miembro fue autorizado excepcionalmente a que sus niños fueran acompañados por la muchacha negra a condición de que ésta llevase uniforme.

En el muy estricto Chevy Chase

Club, frecuentado por William Fulbright, Sargent Shriver y las personalidades más de moda en Washington, se practica al mismo tiempo una mayor diplomacia junto a una mayor severidad. Según su presidente, el club no tiene en cuenta ni raza, ni religión, ni origen étnico. «Simplemente —añade imperturbable su presidente— el club no admite socios negros», ni amigos de negros; en una ocasión, a un alto funcionario que pidió la entrada le preguntó su «padrino», sospechándolo, que si no había recibido en su casa a Ralph Bunche (Premio Nobel). «No —respondió ingenuamente el candidato—, pero lo hubiera hecho con mucho gusto». Días después, el Chevy Chase Club informaba al alto funcionario que su candidatura había sido rechazada por diversas razones que le serían explicadas posteriormente.

Nuestro tiempo LA DROGA PRECOZ

El día en que un niño de doce años, Ralph de Jesús, declaró ante el Comité on Protection Of Children and Youth Drug Abuse por haber tomado regularmente heroína durante un año, América entera se conmovió: «No me lo enseñó nadie. Nadie me obligó. Yo veía a mis amigos hacerlo y yo no quería ser diferente», dijo sencillamente. «La heroína, considerada durante mucho tiempo como el patrimonio de los criminales, de los delincuentes, ataca hoy en día a los niños americanos», dice «Times», que por dos veces en seis meses dedica su portada a la droga. Es difícil establecer una cifra para el conjunto de los Estados Unidos, pero en Nueva York murieron el año pasado 900 personas (224 adolescentes) por haber to-

mado dosis muy fuertes de heroína. En Nueva York hay unos 25.000 jóvenes drogados (un 40 por 100 más que el año anterior) y, según los pronósticos, después de verano, podrá haber unos 100.000. «Una epidemia», dice el doctor Donald Louria, y hay que tratarla como a una epidemia. Uno de los principales obstáculos lo constituyen los propios padres, que no quieren confesarse que sus hijos se inyectan. Cuando se encuentran ante la evidencia, en vez de pedir ayuda al especialista, improvisan ellos mismos un tratamiento. Los sociólogos William Simon y John Gagnon han dicho a propósito de las causas sociales de este fenómeno: «En vez de rebelarse contra la generación vieja, nuestros hijos no hacen sino imitarnos

al tomar desconsideradamente todo tipo de drogas». Cuando Nelson Rockefeller anunció hace poco que se dedicaría un presupuesto de 265 millones de dólares a la lucha contra las drogas entre adolescentes, la opinión americana se movió de él como de un nuevo «gimmick» electoral. No obstante, el problema es tan serio que actualmente el Gobierno americano propone un préstamo de tres millones de dólares a Turquía para que las tierras sembra-

das de adormideras sean dedicadas a otros cultivos.

En Gran Bretaña, una encuesta llevada a cabo sobre 1.000 niños por el doctor Wiener (de la London School of Economics) demostró que aproximadamente siete niños de cada diez habían tomado droga una vez al menos, y que uno de cada cuarenta —generalmente procedente de una clase acomodada— es actualmente un drogado.

Asdrec ASAMBLEA EXTRAORDINARIA

La Agrupación de Directores Realizadores Cinematográficos, en su Asamblea extraordinaria del pasado lunes 16, aprobó los siguientes puntos, que previamente se habían sometido a estudio:

— Establecimiento total del pleno derecho a la libertad de expresión, de acuerdo con el artículo 19 de la Declaración de los Derechos Humanos y, por consiguiente, a la libertad de expresión cinematográfica.

— Supresión de la censura cinematográfica. Los eventuales hechos delictivos de las obras cinematográficas serán contemplados según el vigente Código Penal español.

— Libre expresión y explotación cinematográfica de las distintas lenguas y culturas de España.

— Modificación y democratización de los actuales cines de arte y ensayo y de las salas especiales, atendiendo a: La programación establecida culturalmente y no mediante autorización de películas anterior-

mente prohibidas a la explotación comercial. Estableciendo el precio de la entrada por debajo del nivel medio del cine comercial. No limitando las salas por el número de entradas. No excluyendo la existencia de estos cines por el número de habitantes de municipios. Estricto respeto a la cuota de pantalla.

Asimismo se aprobó la propuesta «para constituir un Sindicato de la Producción Cinematográfica que integre a los Sindicatos en el actual sector de la Cinematografía del Sindicato Nacional del Espectáculo, con exclusión de los encuadrados en las actividades de distribución y exhibición».

Posteriormente fueron examinados otros muchos puntos de tipo profesional. Hemos querido simplemente, a la hora de cierre de nuestra edición, dar cuenta de esta importante Asamblea, cuya trascendencia analizaremos en números posteriores.

LOS INDIOS, PEOR QUE LOS NEGROS

«Los primeros habitantes de América son hoy los últimos ciudadanos de este país», dijo Robert Kennedy.

Fue el momento definitivo entre el hombre blanco y los «pieles rojas»... y la batalla tuvo lugar en el Cañón del Esqueleto, nombre muy apropiado para lo que allí ocurrió. Después de un verdadero baño de Sangre, Geronimo y sus apaches, hambrientos, diezmados y sin armas, se rindieron a las fuerzas del teniente Gatewood.

Hoy, ochenta y cuatro años más tarde, los indios de América están todavía pagando su prolongada guerra contra la marcha de la «civilización» en el Oeste. Los 600.000 descendientes de las, una vez, poderosas tribus, viven en territorios especiales, muriendo de pobreza y enfermedad, y alimentando un resentimiento contra el hombre blanco que ya ha provocado situaciones de violencia (ver número anterior de TRIUNFO: «¿Un poder rojo?»). El 90 por 100 de ellos habita en chozas destaraladas; su promedio de vida es inferior en un tercio a la probabilidad nacional, y su porcentaje de suicidios es cuatro veces mayor.

En efecto, la miseria en que mantiene a esta raza la América blanca, que la despojó de sus territorios de caza y destruyó sus formas de vida, constituye un escándalo nacional agudamente resumido por el difunto Robert Kennedy en frase concisa: «Los primeros habitantes de América son hoy los últimos ciuda-

danos de este país». Los indios se encuentran diseminados por 25 Estados americanos y sus vidas se hallan dirigidas y controladas por una organización gubernamental: la Oficina de Asuntos Indios.

Esta institución está siendo ahora severamente criticada. Los observadores, espantados por la miserable existencia que arrastran los indios y por las múltiples enfermedades que los afligen —incluyendo tracoma, tuberculosis y desnutrición—, han acusado a la Oficina de incompetencia y negligencia en el cumplimiento de sus obligaciones. Un subcomité, especialmente organizado para analizar los problemas indios, se quedó atónito al visitar una de las zonas reservadas a estas tribus, en Fort Hall (Idaho). Descubrieron que el porcentaje de suicidios entre los adolescentes eran cien veces superior al promedio nacional, y que hasta niños de ocho años buscaban voluntariamente la muerte. Otro caso que los horrorizó fue el de una familia cherokee formada por un matrimonio con ocho hijos, todos los cuales habitaban en una choza de papel alquitranado que medía 3,5 por 2,5 metros y carecía de protección alguna, de agua corriente y de las más elementales condiciones higiénicas. El ingreso mensual de la familia no rebasaba las 1.750 pesetas.

¿Cuáles son las razones del fra-